LA MODA ELEGANTE

Año XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Núm. 49.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHET, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Velo cerrado.—Paletot rococo, para niña de 7 á 9 años.—Capa Oural.—Explicacion del grabado de modas.—Capa Seviñé.—Capa Castellana.—Capa Eugenia.—La cara.—Dar y tomar.—El Page del rey.—Porqué no soy feliz.—Un año de matrimonio—Teatro del Balon.—Problemas de ajedrez.

Velo cerrado.

Los velillos redondos son siempre de moda, por mas que sean de todo punto insuficientes para abrigar el rostro. Recomendamos á nuestras lectoras este velo cerrado, llamado *velo lobo*, cuyo dibujo publicamos; él les prestará incontestables servicios, con especialidad en la estacion presente.

Orla el velo un entredos con ojetes, el cual sirve como de jareta para cerrar aquel por debajo de la barba; este entredos tiene de ancho un centímetro poco mas ó menos, y en su extremo lleva un encage (ó imitacion) negro, de 4 á 7 centímetros de alto. Por el borde superior recto del velo, se pasa una cinta de terciopelo negro, la cual, despues de haber dado la vuelta al rededor del sombrero, viene á atarse, como se ha dicho, por debajo de la barba.

Otras dos cintas semejantes se fijan en cada lado del borde redondeado: se las ata tambien por delante, despues de haber estrechado el velo al rededor del rostro.

VELO CERRADO.

Paletot rococo, para niña de 7 á 9 años.

Este paletot, de paño gris, se borda, así como la pelerina que lo guarnece, con trencilla de seda gris.

Capa Oural.

Se hace de felpa gruesa de seda color castaño y se forra de tafetan negro. Con este paletot-saco se puede desafiar á la mas fria temperatura, y si es preciso, hasta atravesar las montañas de las que ha tomado su nombre. Se guarnece con un cuellecito de terciopelo negro.

Explicacion del grabado de modas.

Trage de VALENTINA violeta (tela de lana y seda). Lo bajo de la enagua está guarnecido con una cinta encañonada, de 8 centímetros de alto, sobre la que corre una cenefa hecha de terciopelo negro y guipur estrecho. Las listas que van de arriba abajo se componen de un tablero de damas forrado de cuadros de terciopelo negro alternando con otros de guipur; los últimos pueden suprimirse, y en ese caso los segundos cuadros quedan formados por la tela misma del trage; los cuadros de terciopelo negro llevan todo al rededor una trencilla tambien negra, lo cual dispensa de tener que hacer dobladillos. Corpiño montante; mangas con la misma guarnicion que el trage.

Trage de moaré ANTIQUE verde. La enagua se guarnece por abajo con un volante encañonado que tenga 5 centímetros de alto, sobre el cual va un terciopelo negro y un guipur estrecho. La orla colocada encima del volante se hace de terciopelo negro estrecho y guipur negro. Esta misma guarnicion figura una chaqueta sobre el corpiño montante. Mangas semi-anchas, guarnecidas como la enagua.

Capa Seviñé.

Este modelo se reserva para equipo de visitas; se hace de terciopelo negro, y se guarnece de guipur ancho; la guirnalda que corre sobre el guipur se borda al pasado con torzal negro de seda.

Capa Castellana.

Nuestro modelo es de reps negro de seda, á rayas de relieve muy pronunciadas; está algodonado y forzado de tafetan violeta; su vuelo se aumenta en el borde inferior por tres anchos pliegues encañonados; cada uno de estos pliegues se adorna con una roseta con caireles de pasamanería; la capa se guarnece con un guipur estrecho. El cuello y las mangas tienen pliegues semejantes á los de la capa. Los arabescos se hacen de trencilla violeta.

Capa Eugenia.

Este modelo se hace de reps de seda negro, algodonado y forrado; todos los festones se guarnecen con un rizado de cinta de raso negro; los arabescos, de pasamanería negra, pueden hacerse de trencilla.

© Biblioteca Nacional de España

LA CARA.

Hé aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay quien pueda verse la cara si no acude al recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosidad que nos impulsa á buscarnos al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya previa consulta apenas nos atrevemos á salir á la calle.

Parece que tomamos ese apunte para poder distinguirnos entre los demás.

Todo el que se acerca á un espejo dice interiormente: «voy á ver quién soy yo.»

Conócete á tí mismo, ha dicho la antigüedad con la voz de la filosofía.

PALETOT ROCOCO PARA NIÑA DE 6 A 7 AÑOS, VISTO POR DELANTE.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay mas superficial que un espejo, y sin embargo antes que la antigüedad y que la filosofía, habia dicho al hombre: «mírate.»

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vínculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto es el que contínuamente nos está diciendo: esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo.

O en términos mas breves:

«Aquí estás.»

Los espejos son los que todos los dias se nos ponen delante para repetirnos: esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca.

Ó de otro modo mas completo:

«Ese eres tú.»

Todo espejo es un lienzo dispuesto á reproducir instantáneamente nuestro retrato.

Semejantes al corazon de muchas mujeres, solo reproducen la imágen que tienen delante.

Suprímanse los espejos y cada hombre tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña que es preciso comprobar todos los dias á la luz de los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendria á ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de ser clandestino.

La cara es un agente de policía que nos va denunciando por todas partes.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo y la cara es la marca.

Un hombre sin cara seria una cosa imposible; por ejemplo, seria una moneda sin acuñar, una *i* sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba, nos sirve como de título por medio del que acreditamos la propiedad del resto de nuestro individuo.

La cara es una cosa inevitable.

Para nada se necesita tanto como para ser descarado.

Este palmo de tierra no se verá nunca libre del dominio de las facciones.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea que solo le ha podido ocurrir á las mujeres hermosas.

Equivaldria á decir: ningun tarro primorosamente labrado puede contener veneno.

El verdadero espejo del alma son los pensamientos.

¿En qué consiste la belleza de una cara?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esa es la belleza que los pintores ven por la punta de sus pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara llena tal vez de incorrecciones, que por medio de una maravillosa fotografía ha ido á grabarse en el corazon.

Para una madre no hay nada mas bello que la cara de su hijo.

La cara de la mujer mas hermosa no vale tanto como la cara de la mujer mas querida.

Repase cada uno su memoria y es posible que todos encontremos algun recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazon que pueda servir de testigo en este momento.

Hay mujeres que no serian tan bellas si no tuvieran algunos defectos.

Por eso un lunar en una obra de arte, es una imperfeccion al mismo tiempo que en la cara de una mujer es una belleza.

Verdaderamente caras no hay mas que las de las mujeres.

Nosotros solo sabemos lo que cuestan.

Supongamos que el alma es un pensamiento: pues bien, la cara es la palabra de ese pensamiento y la naturaleza no acierta siempre á expresarlo.

Por eso Sócrates no tuvo cara de Sócrates, ni Neron cara de tigre.

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee á su manera.

Se nos obliga á llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que va pregonando por todos los sitios que atravesamos: mas á cada uno se nos permite el uso especial de una coleccion de caras, segun los casos y las circunstancias.

Hé aquí una cara cuyas líneas puede trazar cualquiera segun su capricho.

Es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca á un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuentre en ese momento en que todos los libros son insípidos, todas las mujeres insustanciales, todos los amigos impertinentes.

Mírese bien y se verá una cara de fastidio.

CAPA OURAL.

Llaman á la puerta, se abre y entra una carta.

La carta contiene un solo renglon que dice: «Amigo mio, nos ha caido la lotería.»

Estas palabras entran por sus ojos como un rayo de luz por el cañon de una chimenea; y la cara de fastidio se convierte por la accion química de su rayo de luz, en una cara de pascuas.

Otra vez llaman á la puerta y otra carta penetra en la habitacion.

Es una carta escrita por las cuatro carillas.

Su vista empieza á devorar renglones y la cara de pascuas, por un movimiento casi imperceptible, se va trasformando en cara de perro.

La carta está escrita por otro amigo que necesita dinero para salir de un apuro.

Tambien podemos hacer uso de las caras de piedra.

EL MISMO PALETOT VISTO POR DETRAS.

Sirven como las murallas para cerrar el paso á todo.

Pero las mas útiles son las caras de baqueta porque son el reverso de toda clase de pudor.

Colocad á una niña de quince años entre su padre y su novio: observadla bien y vereis que tiene una cara para mirar á su padre y otra distinta para mirar á su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora, ¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara no es mas que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja mas ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazon hermoso.

Entonces la cara es el cielo.

José SELGAS.

DAR Y TOMAR.

Hay en el idioma de los hombres dos palabras tan grandes, tan vastas, tan profundas, tan significativas, tan filosóficas, que ellas solas encierran, por decirlo así, la historia de la humanidad entera, mas aun, de todo lo creado, de la materia y del espíritu, de lo divino y de lo humano. Dos palabras que debian escribirse siempre en letras de oro, ó por lo menos en bastardilla, y que debiamos pronunciar con respeto, quitándonos el sombrero, como aquel grande hombre siempre que pronunciaba el nombre de Dios: palabras que repetimos mil veces al dia y cuyo significado realizamos á cada paso sin apercibirlo, y cuya importancia reconocerá el lector cuando haya leido estos renglones, que si no los lee, no hay nada de lo dicho, porque entonces no será lector.

Ni el fatídico *Mane Thecel*

© Biblioteca Nacional de España

Phares, ni las misteriosas sibilas de Cumas y de Samos, ni los oráculos de Delfos y Dodona, ni los profetas ni los augures, pronunciaron palabras mas grandes y solemnes que estas dos que sin cesar decimos y ejecutamos: *dar* y *tomar*.

¿Quereis su historia desde la creacion? Pues la creacion no fué mas sino que Dios *dió* forma á su pensamiento; *dió* algo de su luz á los soles, algo de su hermosura á los planetas, algo de su inmensidad al firmamento, algo de su inteligencia al hombre, algo de su gracia á la mujer, algo, en fin, de su vida á todo lo existente.

Dió vida al primer hombre, y viéndole solo, le *dió*, aunque por su mal, una compañera. A esta le *dió* la mala ocurrencia de rebelarse, de *tomar* la fruta prohibida y *dársela* á su marido, que tuvo la complacencia de *tomársela*, y ya nos *dió* que hacer á todos los que de él venimos á este tierra de pesares.

Ya teneis el nacimiento humano de estas palabras que van á ser el vínculo de los hombres, el sostén de las sociedades.

Examinémoslas.

Estamos en el vientre de nuestra madre, y cuando ya nos hartamos de vernos tan estrechos y sobre todo á oscuras, nos sublevamos y nos *dan* á luz. Despues nos *dan* agua bendita para lavarnos el alma, que si entonces está sucia ¡qué estraño que despues esté hecha un basurero! nos *dan* bendiciones y sal para que estemos sazonados ó no seamos insípidos. Nos *dan* tambien besos y abrazos, y nos *toman* ama para que nos *dé* el pecho. Al verbo *dar* debemos pues nuestra vida.

Cuando somos mayores, para *darnos* carrera nos *toman* maestros para que nos *den* lecciones. Si no estudiamos nos *dan* azotes, que no enseñan pero duelen; porque el hombre ha de fastidiarse, cuando chico por ser chico, cuando grande por ser grande.

Cuando somos ya personas, nos *dan* un empleo que *da* ó no *da* que hacer, y de él *tomamos* con gusto posesion y con mas posesion y gusto la paga todos los meses.

Entonces ya somos *algo*, y conforme á muchos les *da* por *tomar* del Estado, á otros les *da* por *tomar* estado. Busca novia, *dan* palabra de casamiento y se casan *dándose* un sí que aunque corto, liga para tan largo: se *dan* las manos y ya los tiene Vd. hechos dos en uno ó uno en dos. Ya todo es cuestion de *toma* y *daca*. Ella suele *dar* hijos, él suele *dar* mal trato; ella... pero detengámonos; todo el mundo sabe los misterios del himeneo, ¿á qué revelarlos?

La vida es un perpétuo *dar* y *tomar*.

¿Quién no ha *tomado* dinero? ¿quién no le ha *dado*, que es lo peor del caso? Pues en estos dos actos estriba la sociedad entera.

¿Quién no ha *tomado* el sol, la luna, el aire, el fresco, el calor ó el relente, de cuyas resultas le ha *dado* un tabardillo, resfriado, pulmonía, tercianas ú otra enfermedad que le ha obligado á que el médico, *tomándole* el pulso, le haya hecho *tomar* medicinas? Y si estas no sirven, le *dan* el viático, y entonces, *dando* su alma al aire y su cuerpo á la tierra le *dan* sepultura, y *requiescat in pace*.

Cuando nos levantamos *tomamos* chocolate, café, ó nada el que no tiene.

Cuando viajamos *tomamos* el billete primero, luego la diligencia, y andando.

Cuando tenemos gana *damos* un paseo ó una vuelta, y si nos cansamos y tenemos para *dar*, *tomamos* un coche.

Cuando nos establecemos *tomamos* casa, muebles, criados, aguador y demás adminículos.

Cuando un escritor va á escribir un libro, lo primero que hace es *tomar* apuntes, notas y datos para su obra.

Un toro es bueno cuando *toma* varas y *da* cornadas, lo que no impide que le *den* una estocada y *den* en tierra con todo su poder.

Cuando un hombre se *toma* la justicia por su mano, la mano de la justicia le *da* garrote.

¡Cuántas veces estamos de mal humor porque hemos *tomado* alguna mala impresion, ó porque algunos de nuestros semejantes nos ha obsequiado *dándonos* un disgusto, conforme otros lo hacen *dando* un baile, concierto ó convite!

¡Cuántas veces nos perdemos por *tomar* á mano derecha en vez de á mano izquierda!

¡Cuántas personas hay que nos hacen *tomar* el cielo con las manos, aunque el cielo sea tan grande y las manos tan pequeñas, solo porque no se *toman* el trabajo de oirnos, ó porque *toman* las cosas al revés, ó el rábano por las hojas!

¡Cuántas veces nos *tomamos* ciertas libertades porque nos *dan* pié para ello!

CAPA CASTELLANA, VISTA POR DETRAS.

CAPA CASTELLANA, VISTA POR DELANTE.

Esto es tomar: pues ¿y dar?

Todos los dias *da* el reló, si no está descompuesto, recordándonos lo pasajero y breve de esta vida.

Todos los dias *damos* la mano, si tenemos amigos.

Todas las mañanas *damos* los buenos dias, todas las tardes las buenas tardes, todas las noches las buenas noches.

Cuando á un amigo le hacen ministro ó le *dan* una cruz, un título ó cosa semejante, le *damos* la enhorabuena.

Cuando llega un santo *damos* los dias. Cuando á alguno se le muere alguien le *damos* el pésame, aunque no nos pese ni un adarme su desgracia.

Damos parte de casa, de casamiento, de muerte, de todo, en fin, *damos* parte, aunque no demos nada.

Si á un hombre le *dan* una bofetada y luego no le *dan* satisfacciones ó excusas diciéndole: «Aunque le pegué á Vd. no le pegué,» lo cual no impide que la pegadura quede pegada á la cara, ó si nó se *da* por satisfecho si se las *dan*, no le queda mas remedio para lavar su honor que *darse* de cuchilladas, de las cuales suele sin embargo resultar, que además de la mancha del ultrage en la honra, le cae la mancha, mejor dicho, las manchas de sangre en el cuerpo, y si antes tenia una, entonces tiene ciento. ¿Porqué no inventarán los quita-manchas alguna composicion química que quite las manchas del honor de una manera mas razonable?

Hay personas que *dan* que hablar; cosas que *dan* que pensar.

Hay amantes que *dan* su corazon; otros que *dan* celos.

Cuando estamos tristes *damos* suspiros, y cuando nos duele *damos* gritos, voces ó alaridos.—Muchas veces nos salva ó nos pierde el consejo que nos *da* un amigo. Si le consultamos sobre algo nos *da* su parecer, que es cuanto puede dar.

Cuando queremos corregir á alguien mas que amonestándole ó castigándole, lo conseguiremos *dándole* el ejemplo.

Cuando queremos lograr algo *damos* los pasos.

Todos los periódicos *dan* noticias. Todo almanaque *da* bueno ó mal tiempo.

Los reyes gobiernan á sus pueblos *dando* decretos.

La suerte del mundo pende á veces de las explicaciones que se *dan* los diplomáticos, de la batalla que está *dando* un general, del asalto que se *da* á una plaza ó de la *toma* de una ciudad.

Cuando estamos á oscuras en un asunto, pedimos que nos *den* luz ó pormenores.

Muchas veces nos enfadamos y nos *damos* al demonio porque nos *dan* motivos.

Cuando nos encontramos en un apuro, por ejemplo, acosados por acreedores, *damos* largas y nos *tomamos* tiempo.

Cuando nos *dan* algo, *damos* las gracias.

Hombres conozco insoportables porque se *dan* importancia sin deber, y otros porque se *dan* un tono desentonado.

Si un reló ó un caballo no andan, se *da* á este un latigazo y cuerda á aquel y echan á correr.

Los principiantes escriben comedias para *darlas* á un teatro por si se las *toman* lograr eso que se llama *darse* á conocer aunque no le conozcan á uno. Si no les *dan* una silba y les *dan* bombo en los periódicos, son felices, y su felicidad se la deben al verbo *dar*.

Y por fin, cuando muramos *daremos* á Dios cuenta, y él, *tomando* en cuenta nuestros actos, es decir, nuestros *dares y tomares*, nos *dará* el premio que merezcan nuestras virtudes ó el castigo de que sean dignas nuestras culpas y pecados.

¿Qué son las obras de misericordia sino un divino catálogo de *dares*? ¿Cuál es la filosofía del cristianismo? *Dar* todo y no *tomar* nada; dar al César lo que

© Biblioteca Nacional de España

es del César y á Dios lo que es de Dios, y pedir que nos *den* el pan de cada dia aquí y la gloria eterna allá; dos cosas muy buenas, pero que no siempre conseguimos los pícaros mortales.

Basta de ejemplos, pues harto probada está la universalidad y profundidad de estas dos *cosmo-palabras* que solas dicen mas que cien tomos en folio.

Todos los verbos tienen una significativa mas ó menos vasta, mas abstracta ó mas concreta; ninguno tiene la que los dos que nos ocupan y que son el completo de todos, su realizacion práctica.

¿Qué serian las facultades humanas sin la facultad de *dar* y *tomar*? ¿De qué sirve tened sed si no nos *dan* de beber, ó hambre si no nos *dan* de comer?

Pensar, concebir, desear, son cosas mas sublimes; pero si al escritor que piensa no le *dais* papeles, plumas y tinta, no podrá *daros* Iliadas, Quijotes ó Faustos. Concebir es muy grande; pero no deis pinceles ni lienzos á los Rafaeles; buriles ni mármoles á los Miguel Angeles, y no os *darán* Pasmos y Trasformaciones, Moisés y Davides. No *deis* instrumentos al músico, y no escucharéis esos divinos acentos que desde el gran Pallestrina han brotado como un raudal hasta Rossini, deleitando los humanos oidos. No *deis* instrumento al astrónomo, é ignorareis el curso de esos astros que admirais y de esta tierra que en silencio os conduce por los vastos espacios del universo.

CAPA SEVIÑÉ.

Sin *dar* ni *tomar*, la vida queda reducida á una teoría, menos aun, á la nada. Todos los objetos, las ideas, las concepciones del genio son solo abstracciones, fantasmas sin forma, sombras de un sueño sin realidad y sin vida.

Lector, de qué sirve esperar si no te *dan* lo que esperas? ¿De qué amar si no te *dan* lo que amas? ¿De qué desear para que no te *den* lo que deseas?

Estos dos verbos están tan estrechamente unidos, que separarlos es matarlos. ¿Cómo *dar* sin que haya quien *tome*? ¿Cómo *tomar* sin que haya quien *dé*? Todo *dador* supone indispensablemente un *tomador*.

Es tal su extension, que no hay verbo que no podamos expresar con ellos. *Ocurrirse*, podemos decir, *dar* la ocurrencia; *temer*, *dar* temor; *acalorarse tomar* calor.

Muchos verbos son teóricos; estos dos son la práctica de todo, el alma del idioma humano. Otros se sienten ó imaginan; estos se ejecutan. Si posible fuera establecer un pensamiento filológico, podríamos decir: todo es dar y tomar.

Reflexionándolo bien, ¡qué verdad dice el refran que *en tomar y dar es fácil errar*! Y ¿cómo no errar en una cosa que encierra toda la novelesca actividad del drama y de la comedia de nuestra vida, y que representa todos los actos de nuestra existencia física y moral desde la cuna hasta el sepulcro, y desde el sepulcro hasta la incierta region de lo infinito?

Todos los errores del mundo nacen de que algunos hombres han *tomado* las cosas al revés ó unas cosas por otras: todas las ciencias, todo el saber humano provienen de que algunos sabios han *dado* en el secreto de algun escondido elemento ó recóndita verdad.

Ciertos efectos, como pensar, meditar y otros, solo ciertas inteligencias elevadas los sienten; *dar* y *tomar* lo hacen el noble y el plebeyo, el pobre y el rico. Y ¿porqué? Porque al hacerlo todos cumplen su mision, llenan el fin de su existencia, obedecen á las leyes de su naturaleza.

¡Ay del orbe el dia en que no haya quién *dé* y quien *tome*! No por la apoteosis que de estas dos palabras-reinas he hecho vaya á creerse que las juzgo inmaculadas, pues como esencia que son de la vida, no hay para qué decir que tienen su parte mala. El defecto de la presente sociedad es aspirar á *tomar* mas de lo debido. Ya sé que hay muchos que si les *dan* el pié se *toman* la mano; pero no levantemos el velo, no sea que, *tomando* las cosas por este lado, me vea en el caso de escribir, no un artículo, sino una serie de artículos á manera de Constitucion, ley de imprenta, reglamento ó cosas de esta especie.

Lector, reflexiona sobre las dos palabras tan repetidas en estos renglones, recuerda su sinnúmero de aplicaciones, que omito por no *darte* el trabajo de leerlas, y que cansado me *tomes* ojeriza.

Acaso dirás que tomar y dar son dos palabras como otra cualquiera; pero yo concluiré diciéndote, que algo significan dos palabras que ellas solas me han *dado* pié y tela para escribir, y á tí ocasion para leer, lo que, aunque malo por su forma, bien puede aspirar, siquiera por su extension, á pretender el honroso nombre de artículo.

Resumiendo cuanto en él va dicho, podemos, de hoy en adelante, definir la vida por *un sistema de dar y tomar* con *arreglo á ciertas leyes*. Tal es mi opinion, lector amable, que espero será la tuya, si se te antoja adoptarla.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

GRABADO DE MODAS (Véase su explicacion en la primera plana de este número).

© Biblioteca Nacional de España

EL PAGE DEL REY.

I.

A las puertas de la ciudad se levanta entre dos colinas la abadía de Holyrood.

Allí acaba de llamar un viajero, llevando por ofrenda su vida, único bien que poseia.

Aquel místico edificio constituia la melancólica hospitalidad que daban á los Borbones los Stuardos.

En aquel mismo sitio donde el destronado monarca de Francia, jóven aun, habia desafiado al infortunio pocos años antes, vivia ahora abatido, sin ilusiones.

¿Qué importa, sin embargo, el solio á un rey cristiano, cuando aun le queda la esperanza de una corona eterna, el amor filial de sus servidores y la tranquilidad de su conciencia?

Nuestro viajero, arrodillado ante el anciano rey, besa la mano de un niño á quien saluda como á señor, y llora á los piés de la hija del monarca.

Llevaba noticias de su patria y fué bien recibido.

Pronto brilló el jóven en aquella triste mansion como el rayo de sol á través de las nieblas. Su adhesion y entusiasmo cautivaron el corazon de los príncipes, que le amaron confiando en su juventud.

El page del rey, Luis Bonochose, sintió aumentarse su amor y con él las fuerzas y las esperanzas.

Grande fué su emocion, cuando una mañana vió al compás de las músicas de Edimburgo, á los jefes de los antiguos jacobitas vestidos con sus tradicionales trajes, llegar á Holyrood y bajo las bóvedas del claustro ofrecer al primogénito de Luis XVI la espada del último de los Stuardos. Aquel dia fué para el jóven page uno de los mas felices, el mas feliz que puede tener un desterrado en pais extranjero.

Jamás se separaba Luis del noble niño, siguiéndole en sus correrías, por los bosques, compartiendo con él sus diversiones ó inventando otras nuevas para distraerle. Pero no era así como le agradaba servir á su rey: desde las costas de Escocia sus ojos estaban siempre fijos en la Vandé.

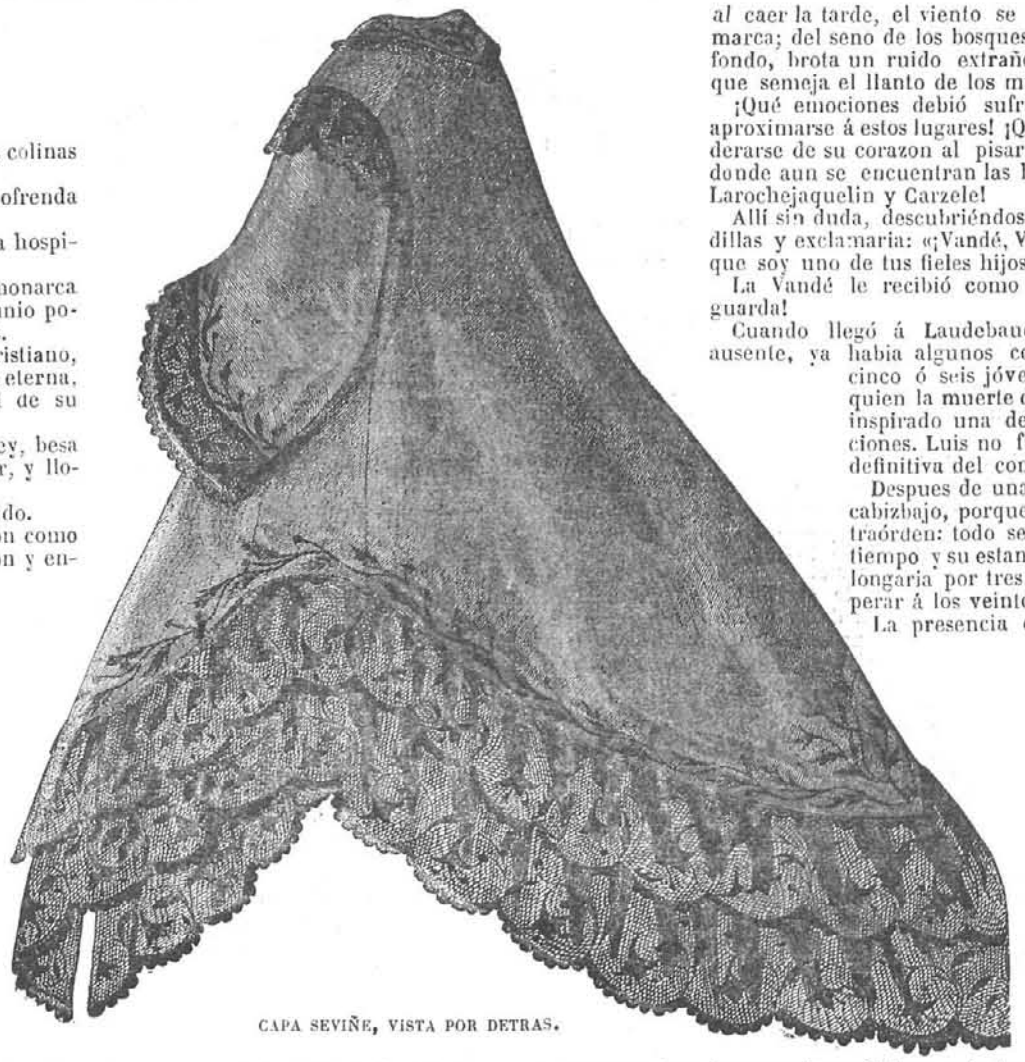
Cumplióse por fin su deseo: se despidió de las montañas, de los lagos, de la antigua abadía oculta por la bruma, y partió llevando la bendicion del anciano y un blondo rizo del niño.

Atravesó París, abrazó á su madre, dstribuyó memorias entre sus parientes y amigos, pretextó un viaje al extranjero, marchó á Nantes, cruzó el Loira, llegó á casa del general Augusto de Larochejaquelin, en el castillo de Laudebaudiere.

Estaba en la Vandé.

Laudebaudiere, una de las moradaside la ilustre familia vandeana que lleva tan novel apelldo, se halla situado en el centro de Bocage. Cada paso que se dá en su cercanías es un recuerdo. Aquí corre murmurando por su lecho de rocas el Sebre: allí se ven algunos pueblos con sus rojos tejados, Herbiers, Tiffanges, Saint-Fulgence; mas allá, sobre los montes Torfon, se divisan en lontananza las lúgubres ruinas de Clinon.

A los ecos de la *Marsellesa*, cuyas notas chorrean sangre, como dice Lamartine, Keber y sus satélites entraron en la Vandé por el camino de Nantes, hoy rodeado de agrestes cruces, y en donde el viajero no encuentra mas que alguno que otro aldeano caminando silencioso y con lento paso al compás de los aperos de labranza que arrastran los bueyes.



CAPA SEVIÑE, VISTA POR DETRAS.

Por encima de los campanarios que descuellan sobre las arboledas, volaba en otro tiempo el mirlo de veleta en veleta. Ahora detrás de aquellas tapias de verdura suenan las descargas de fusilería, y por los arroyos corre el agua ensangrentada.

Mas de setenta años han pasado, y cuando desde la cúspide de la montaña de los Alonetes la vista se extiende por el océano de verdura que se llama Bocage, parece que una paz eterna ha reinado en estas deliciosas campiñas. Se puede decir que allí está la felicidad. Mas al caer la tarde, el viento se ajita en la ondulante comarca; del seno de los bosques que se inclinan hácia el fondo, brota un ruido extraño, un prolongado gemido que semeja el llanto de los muertos de la Vandé.

¡Qué emociones debió sufrir Luis de Bonechose al aproximarse á estos lugares! ¡Qué ardor bélico debió apoderarse de su corazon al pisar por primera vez el lugar donde aun se encuentran las huellas de los Bonchamps, Larochejaquelin y Carzele!

Allí sin duda, descubriéndose la cabeza, caeria de rodillas y exclamaria: «¡Vandé, Vandé, acójeme con cariño que soy uno de tus fieles hijos!»

La Vandé le recibió como á tal, y en su seno le guarda!

Cuando llegó á Laudebaudiere, el general estaba ausente, ya habia algunos conjurados reunidos; eran cinco ó seis jóvenes y una ilustre artista á quien la muerte de este jóven vandeano ha inspirado una de sus mas bellas composiciones. Luis no fué sino á esperar la señal definitiva del combate.

Despues de una tarde de ausencia volvió cabizbajo, porque traia de Nantes una contraórden: todo se habia diferido por algun tiempo y su estancia en el castillo se prolongaria por tres meses. Era demasiado esperar á los veinte años.

La presencia de estos jóvenes en el castillo de Laudebaudiere situado en el corazon de la Vandé, no tardó en llamar la atencion del gobierno. No cesaban de llegar partes de todas las autoridades del país anunciando que se observaban síntomas precursores de una guerra civil.

Se hablaba de un depósito de armas y municiones en el castillo, que segun el rumor público, era hacia algunos meses foco de la contrarevolucion.

Por uno de esos contrastes tan frecuentes en las revueltas políticas, mientrn se preparaba la tormenta tomando mayores proporciones, se celebraba en Laudebaudiere el casamiento de uiso de sus arrendatarios, y segun antigua costumbre del pais M. de Larochejaquelin y sus huéspedes asistian á las bodas.

Entre los mas alegres sobresalió Luis, que por aquel dia se convirtió en el pagecillo de otro tiempo, entregándose á las inspiraciones de su loca imaginacion.

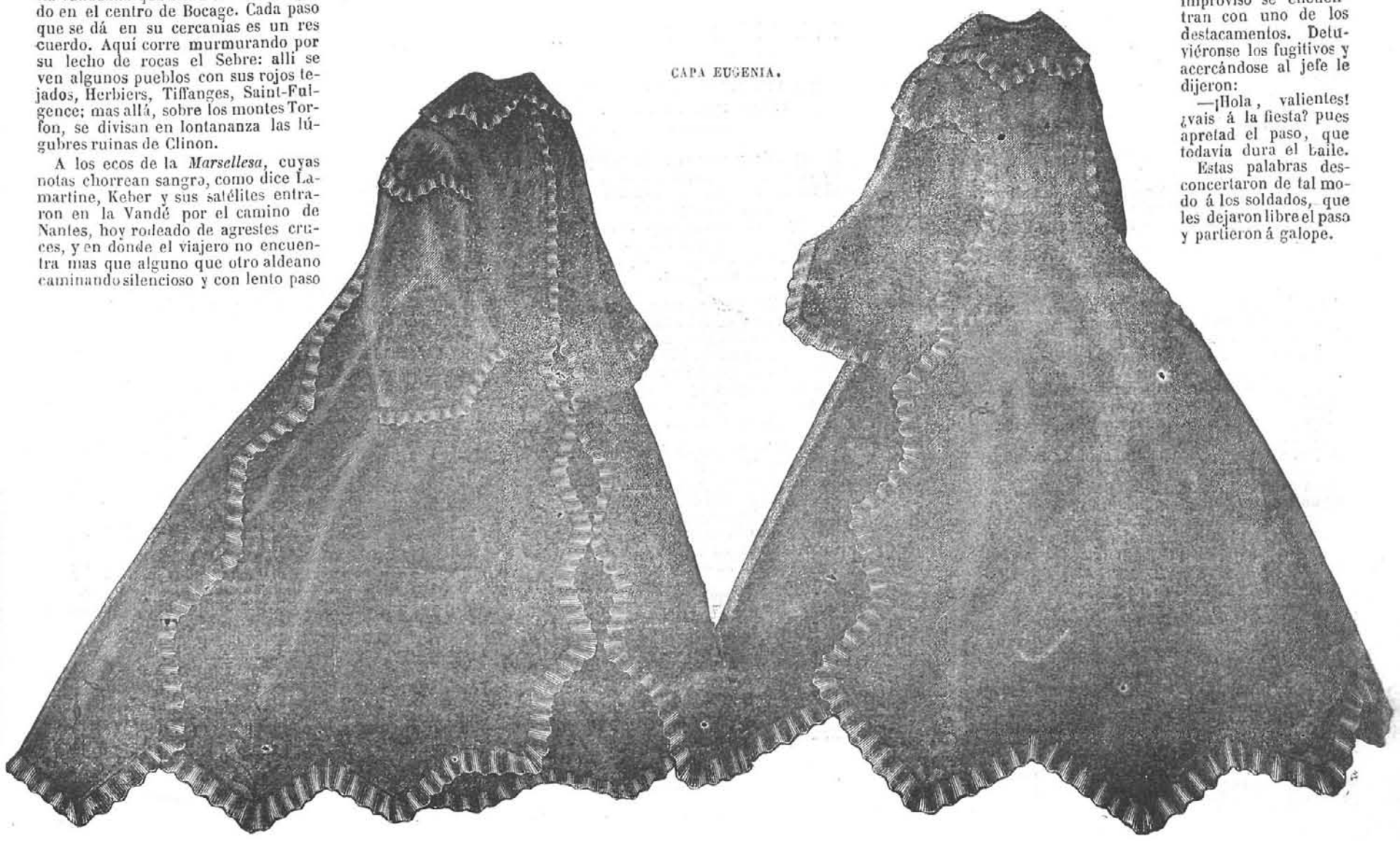
La mañana del dia 13 de noviembre ya estaba cercado el castillo por la tropa, aunque no tan pronto que no pudieran desaparecer sus moradores momentos antes.

Luis y uno de sus amigos huian á caballo, cuando de improviso se encuentran con uno de los destacamentos. Detuviéronse los fugitivos y acercándose al jefe le dijeron:

—¡Hola, valientes! ¿vais á la fiesta? pues apretad el paso, que todavía dura el baile.

Estas palabras desconcertaron de tal modo á los soldados, que les dejaron libre el paso y partieron á galope.

CAPA EUGENIA.



© Biblioteca Nacional de España

II.

Una vez fuera del primer peligro, no tuvo asilo fijo Bonechose, y empezó para él la verdadera vida de faccioso, vida de aventuras y azares para la cual parecia haber nacido.

En el corto espacio de algunos meses, este niño se hizo hombre. Orgullo y admiracion de su partido, se habia desarrollado entre los peligros, y cuarenta años antes, ¡quién sabe á donde hubiera remontado su vuelo! Si su época no le permitió pelear al lado de grandes capitanes, á lo menos murió como ellos.

Llegaba á su fin el otoño del año 1830, y en cada hoja que caia, creia leer su último momento. Cada vez se aumentaban mas y mas las persecuciones por la gendarmería; tanto que raro era el dia que no se registraba algun pueblo ó caserío.

¿Quién mejor que él mismo podrá pintar su situacion? Así pues, dejémosle hablar en una carta que dirijió á su hermano político.

«Puesto que todo lo sabes, decia, ningun secreto debo guardar contigo. Despues de la historia del castillo de la condesa, el pobre L... se ha visto perseguido por las tropas de bosque, de montaña en montaña, con una órden de arresto expedida contra él por el gobernador de Nantes, y la consigna dada por el general Bonet á los soldados para hecerle fuego si le encontraban con las armas en la mano y no trataba de rendirse. He andado errante por medio de las columnas ocho dias con ocho noches, en compañía de un sobrino de la condesa, con un frio endiablado, llenos de agua de piés á cabeza, pues ni un momento ha cesado de llover desde nuestra salida del castillo. Te hará reir sin duda, que estos dos caballeros andantes, vestidos de aldeanos crucen por medio de los destacamentos que van en su busca y muchas veces salgan por la ventana mientras los soldados entran por la puerta. No tardamos mucho ó en quedarnos entre ellos con astucias, ó en poner los piés en polvorosa, lo que hacemos con facilidad, porque no es muy pesado nuestro equipaje, gracias á la amabilidad de cien soldados que nos le guardan en el castillo, esperando á que volvamos por él. Unos dias nos reimos de las corridas que en busca nuestra dan las tropas, burlando su vigilancia en los montes: otros hemos oido á muy corta distancia jurar y echar pestes contra nosotros á las brigadas que se proponian apresarnos.»

Y en otra á un amigo, se leia lo siguiente:

«Hemos propuesto á L... que pase á Inglaterra y lo ha rechazado diciendo que seria una accion cobarde abandonar el pais en tan crítica situacion L... jugará con su libertad y aun con su vida. Jamás huye ante el peligro. Con el sobrino de la condesa ha tenido el atrevimiento de atravesar por entre las columnas que les persiguen, para realizar sus proyectos. Debes saber que aquí se ha captado el aprecio de todo el mundo, y todos se sacrificarian por él en el momento que lo necesitara.

«Además, la vida que trae le es agradable. Pobre en medio de la abundancia, come con gusto el negro pan de las aldeas y duerme mas tranquilo y dichoso que en otro tiempo. Solo una cosa le aflige y es el estar separado de su familia, pensando en las inquietudes de su pobre madre. Espero que tú y tu esposa consolareis á esa desgraciada señora. Continuamente me pregunta por vuestro pequeño Gaston, por esa encantadora criatura á quien dice quisiera hacerle aspirar el humo de la pólvora, poner en sus manos una espada y hacerle gritar viva F...»

Este estilo jovial no era una ligereza de sus pocos años, sino el desprecio del peligro y la pintura exacta de los nubarrones políticos que se amontonaban preparando la sangrienta tormenta que habia de estallar en la Vandé. En efecto, nadie pudo detenerla en su impetuosa carrera. La tercera guerra de este país no fué sino un rapto de desesperacion, el último suspiro de la Francia caballeresca.

III.

La nobleza vandeana habia prometido desenvainar su espada en el momento que sonara la hora del combate, mas por la voz de su honor ultrajado que por la esperanza de vencer, porque sus principales jefes conocian la imposibilidad de la victoria. Los paisanos eran cómplices pacíficos de las revoluciones que se preparaba: su cooperacion no pasaba de ocultar á los guerrilleros, proveerlos de municiones de boca y rogar á Dios por el triunfo de la nueva causa.

A pesar de tanto desaliento, algunos hombres trabajaban constantemente para vivificar y organizar la lucha con tan débiles elementos. Depósitos de armas en diferentes puntos, compras de municiones en el extranjero que los contrabandistas arrojaban á la playa durante la noche, espías en el campo enemigo, formacion de cuerpos regulares á imitacion de las heróicas compañías de la Piniers, á la que pertenecia nuestro héroe; todo se dispuso para vender cara la vida y morir con honor.

Esto pasaba en Nantes que era el foco del complot. Luis y sus amigos corrian de Nantes á la Vandé y de la Vandé á Nantes, á la manera de los aldeanos de Potre, con un sombrero de fieltro, gruesos y herrados zapatos, chaqueta de paño y una blusa azul, desafiando á los gendarmes y columnas de tropas á las puertas mismas de la ciudad.

En Nantes tenia asilo el paje del rey en casa de una familia tan adicta á la causa realista, que su adhesion rayaba en fanatismo: le recibian como á un hijo.

Pertenecia esta familia á una de esas casas bretonas cuya alcurnia se pierde en la antigüedad: pero que á pesar del tiempo permanecen fieles á sus blasones.

Mientras desde el fondo de esta triste morada algunos jóvenes, cuya sentencia capital habia sido promulgada, meditaban planes para derribar al gobierno, una carta jovial se escapa de aquel recinto de tristeza como un destello de argentina sonrisa de la boca de una jóven.

Iba dirijida por nuestro caballero á su hermano Emilio y decia así:

«Os tengo envidia, queridos hermanos, por la felicidad que reina entre vosotros. ¡Qué placer si pudiera ir á incomodaros un poquito! Pero, voto á... seré demasiado dichoso si puedo volver á veros... Mi vida es muy singular: tan pronto tengo momentos alegres como vivo peor que un perro. Todas estas fatigas me hacen mucho bien, tanto que si me viérais, no podriais menos de exclamar que habia engordado. Tengo muchos azares ya buenos, ya malos. Me es lo mismo; de todos me rio. Pero ¡ay! añadió, aquí á nadie puedo hacer la córte, mientras que G... tendrá una multitud de adoradores... debe estar encantadora cual ninguna... Si yo estuviera ahí, la daria un abrazo tan fuerte que la ahoga... pero Dios me libre de hacer tal diablura. Sin embargo, nada me importa no poderla abrazar, porque tengo la esperanza firme de que llegará dia en que así suceda. En este país las mujeres no son bonitas. ¡Qué diferencia de las hermosas serranas del lago de Lomond y de las montañas del duque de Argile en Escocia. El diablo cargue con todas. Si estuviérais aquí ya veriais qué risa os causaba el verme convertido en aldeano. Es lo que mas me fastidia, ya podreis adivinarlo. Eso de no tener blancas las manos ni arreglado el cabello, y sobre todo la necesidad de andar vestido como un labriego, es para mí lo mas terrible.»

IV.

El tiempo pasaba. Los encuentros entre las tropas y las bandas se multiplicaban cada dia y empezaba á correr la sangre por todas partes.

Al aproximarse la primavera, época fijada para el levantamiento general, crecian á pasos agigantados los enconos y horrores de la guerra civil de tal modo, que hasta los mismos soldados concluian para olvidar, bajo el peso de tantas fatigas y peligros, la gloria y el respeto y la compasion hácia el vencido.

Hé aquí la confesion que hace un oscuro alférez que andaba á caza de facciosos y que años despues fué el vencedor de Alma.

«Los paisanos murmuran y se levantan, decia en una carta M. de Saint-Arnaud (1), muy unidos están los bandos, ignoro la suerte que nos espera; pero estamos determinados á batirnos hasta el último extremo... Les devuelvo golpe por golpe, y hasta hoy son mis deudores. No hay guerras mas terribles que las civiles, pues enconan de tal modo los ánimos, que nos obligan á ser crueles y fanáticos.» Y despues añadia: «Que nadie caiga en mis manos, porque aquel pagará por todos.»

Solo estas líneas bastan para explicar lo que vamos á referir.

(Se continuará.)

POR QUÉ NO SOY FELIZ.

CONTESTACION A UNA PREGUNTA DE MI SIMPÁTICO AMIGO D. LUIS FERNANDEZ DEUS.

No soy feliz, porque en mi loco empeño
Soñé un mundo de mágicos colores,
Y ví un Eden de perfumadas flores
Do todo era placer;
Quise coger de sus fragantes rosas
Las seductoras hojas peregrinas,
Y al tocar de su tallo las espinas
Sentíme fallecer.

No soy feliz, porque en tenaz anhelo
Crucé los mares de valor henchida,
Sin poder de la América querida
El puerto divisar;
Y de esa madre que mi ser veló,
Patria divina, que mi pecho adora,
Sobre sus campos que el clavel colora
Himnos cantar.

No soy feliz, porque en la noche oscura
Cuando triste al silencio me retiro,
Cruza á mi lado con pausado giro
La sombra del dolor;
Y ufana trae al pensamiento mio
Queja sentida de amargura llena,
Que presto roba de mi faz serena
El brillo seductor.

No soy feliz, porque en el alma mia
Se cobijan distintas impresiones,
Hay lágrimas, temores y pasiones,
Que no sé descifrar;
Ilusiones de un tiempo que pasó,
Dulces recuerdos de la edad primera,
Esperanza que vaga lisonjera
Y no puedo alcanzar.

CORUÑA : Noviembre 1863.

ELISA LESLACH.

(1) El general de este nombre, célebre en la guerra de Oriente.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

Una vez concebido el plan, Julia no se paró en nada para ponerle en ejecucion; indirectas al conde, enojo manifestado en presencia de su marido, turbacion repentina cuando entraba Adriano, distracciones sin fin cuando otros la hablaban; insomnios repetidos, suspiros ahogados, un nombre repetido sin cesar entre sueños, todo se aprobó y se ejecutó, y Rodolfo acabó por notarlo y quizá el conde tambien, pues como queriendo evitar las insinuaciones de Julia estrechó mas su amistad con Lavinia, y se renovó la antigua intimidad. A menudo iba á buscar á la jóven en su gabinete para leerla algunos ensueños de su melancólica imaginacion, y Lavinia le recibia siempre cordialmente; sabia apreciar la inteligencia de Adriano, y poco á poco vino á dirijirla á su capricho sin que nada la advirtiese que semejantes relaciones podian ser peligrosas. Habia demasiada serenidad en su corazon, demasiado orgullo inocente en la conviccion de su pureza para que ella se alarmara con aquella fraternidad de dos corazones; bien segura del suyo que ya no poseia, ¿cómo habria podido creer que otro ardia por ella con una llama que siempre la dejaria insensible?

Solo las grandes almas tienen tales imprevisiones y tan audaces imprudencias; en el conocimiento de su propio corazon, en la casta ignorancia de su seduccion, pueden sin saberlo ofrecerse á todos los amores preocupadas con el único que las posee. Pero para aquellos que asisten á esas intimidades cuyo secreto desconocen, ¡cuánta inquietud cuando aman! ¡cuánto tormento! ¡qué de apariencias que son convicciones para ellos!... Así le sucedió á Hermann; cuanto mas dominada se sentia Lavinia por su amor, menos se guardaba de cualquiera otro, y mas certeza adquiria el coronel de aquello que temia mas que la muerte. Y luego, se decia, lo que en otra mujer habria sido una infidelidad vergonzosa no era en ella mas que el acto libre de un corazon que la pertenecia, y cuyos lazos temporales se soltaban mas y mas á cada hora. A ella podia absolverla; pero en cuanto á él, ¿podia consolarse ó resignarse? No, su corazon protestaba contra una suposicion semejante, y en su necesidad de acusar ó alguno de todo lo que padecia, acusaba á su amigo, y queria encontrar en toda su conducta los testimonios de una violacion de amistad.

Recordaba que despues de haber afirmado largo tiempo que no volveria al Rosenborg, habia concluido por instalarse en él. Al principio, como por escrúpulo y por conciencia del peligro, habia evitado á Lavinia y se habia consagrado á servir á Julia; pero poco á poco, vencido por su pasion, habia vuelto á la jóven, y con una alegría bien ostensible.

De este modo el coronel sometia á su amigo á un exámen incesante; y ya fuera por ilusion de los celos, ya por observaciones minuciosas, descubria en Adriano señales de emocion siempre que Lavinia se presentaba. Hermann, aunque se repetia mil veces que el conde era un hombre de honor que huiria si conocia el peligro, mil veces sentia el deseo de arrojarle fuera de su casa como á un traidor.

Semejantes tormentos agriaban naturalmente el humor del coronel, y Lavinia, que no se podia explicar aquellas variaciones, aquellos resentimientos sin causa, se ponia mas triste á cada instante, si bien nada en su exterior alteraba la plácida igualdad de sus maneras.

Unicamente Rodolfo, que habria tenido motivos para quejarse, trataba siempre de disculpar á sus propios ojos la incalificable conducta de Julia; lo achacaba todo á su mala educacion, la tomaba en cuenta sus menores señales de ternura, y se repetia sin cesar que debia tener cuidado con herir á tan frágil naturaleza; pero sufria silenciosamente, y las cosas llegaron á tal punto, que al fin sintió la necesidad de hablar; ya Julia no solo le descuidaba á él, sino tambien á su hijo para entregarse con avidez á todas las distracciones. Un olvido tan completo de sus deberes exijia al menos una reprimenda, y era preciso hacerla.

Era una tarde ardorosa del mes de julio; el coronel que habia debido ausentarse la víspera, volveria en la noche. El conde Adriano, quejándose de dolor de cabeza, no habia salido de su cuarto, y Lavinia estaba ocupada en el suyo, Julia, en el apogeo de un mal humor que habia nacido aquella mañana, y que en vano Rodolfo habia tratado de disipar, habia ido á extenderse en una butaca despues de haber querido emprender varias operaciones igualmente importantes para distraerla.

—¿Quieres que te lea alguna cosa? preguntó Rodolfo.

—Oh! no, lees muy mal; quién ha oido una vez al conde Adriano ya no puede soportar lecturas de nadie.

—Sé que tiene la dicha de hacerlo todo perfectamente, respondió Rodolfo picado.

Y luego añadió como tomándolo á broma:

—Sin embargo, á falta de su voz...

—Quisiera saber, interrumpió Julia, ¿porqué hablas siempre del conde con ese tonillo tan singular? Como si no fuera para mí el último de los hombres... Pero en fin, ya que no está aquí hoy, prefiero leer yo; dame ese libro.

—Con que no quieres que lea alto?

—No.

—Julia, eres...

Y se detuvo.

—Acaba, ¿qué soy? Dormilona, ¿no es verdad? Así es,

© Biblioteca Nacional de España

tengo sueño cuando me fastidio.

—¿Quieres que vaya á buscar al niño? Antes te gustaba tenerle á tu lado.

—¡Antes! Cualquiera creeria que me reconvienes. ¡Antes! No conozco hombre mas exigente que tú. ¿He de tenerle todo el dia en brazos? Pues á fé que pesa poco.

Julia, cuidado con lo que dices; esas palabras no le están bien á una madre, y la pureza de tu corazon acabará por alterarse con tanto capricho.

—Vamos, confiesa de una vez la causa de tanto descontento como me demuestras... confiesa que tienes celos del conde.

Rodolfo se puso pálido.

—No, dijo con resolucion, no estoy celoso; pero semejante suposicion es imprudente por tu parte, mas que imprudente, Julia.

—¿Y porqué si adivino la verdad? ¿El conde no es hombre que pueda dar celos á un marido?

—No lo sé, y me importa poco; pero te repito, Julia, que tales suposiciones no cuadran con la dignidad de una mujer casada, y que no se juega con una cosa tan sagrada como lo es el matrimonio.

—Rodolfo, olvidas que hablas á tu esposa, exclamó Julia con entereza, pero loca de júbilo en el fondo al ver que se alarmaba su marido.

—Sé que hablo á una niña mimada, y que es tiempo de decirla la verdad: no dudo de tu corazon, pero quiero que renuncies á las incalificables ligerezas con que te diviertes desde hace algun tiempo. No continúes ese juego peligroso con el conde, ó perderás en él su respeto, y lo que es mas grave aun, la estimacion de tu marido.

—Rodolfo, nunca me has hablado así. ¡Oh! ¡Dios mio! Ya no me ama. Cuánto mejor habria sido que hubiese muerto en mi enfermedad antes que vivir despreciada por mi marido.

Y Julia prorumpió en sollozos.

—Mi querida Julia, mi amor, ¿qué estás diciendo? Consuélate, y prométeme únicamente que serás menos imprudente en lo sucesivo.

—Pero en fin, qué he de hacer yo?

—No correr tanto en pos del conde, preferir mi compañía á la suya, permitirme que te lleve tu chal y tu pañuelo...

—¡Oh! eso es imposible: pareceria que le temo, que le creo peligroso, y eso me comprometeria mucho mas. No cambiaré en nada mi conducta, y creo que será mejor.

—Julia, mira que mi paciencia tiene límites.

—Pues quisiera saber adonde llegan.

—Mira que de esta broma depende toda tu felicidad.

—Pues bien, confiésame que tienes celos del conde.

—No, no los tengo, respondió el marido con un esfuerzo de conciliacion; pero si quieres, te diré que estoy en camino de tenerlos, y me prometo que en tales circunstancias mi Julia sabrá hacer lo que la ordenan el amor y sus deberes de esposa.

La victoria era de Juiia: ella lo comprendió, y quiso asegurársela con esas mil caricias que fascinaban siempre á Rodolfo, le colmó con sus besos y su alegria. Pero como habia dicho Rodolfo, aquel juego era tanto mas peligroso cuanto mas se obstinaba ella en proseguirle, por estar persuadida de que probar así el cariño de su marido era el medio mejor de afianzarle. Se complacia en aquella prueba cruel, y ya por predisposicion maligna, ya por capricho, resolvió continuarla.

Mientras tenia lugar esta conversacion en el cuarto de Rodolfo, Lavinia, habia concluido de escribir su correspondencia, bajó al salon y por un impulso instintivo se fué á instalar á la ventana que daba á la avenida principal del parque. Hermann no podia volver hasta dentro de dos ó tres horas, y sin embargo aquella ventana era la que mejor le parecia á Lavinia. Allí estaba hacia hora y media cuando entró Adriano.

—A fé mia, exclamó el conde sonriendo, debeis tener una vista á toda prueba para resistir el reflejo del sol que teneis delante.

—Hasta ahora no tengo porqué quejarme de mi vista, respondió la jóven, y he elegido este puesto para ver cuándo llega mi marido.

—Sin embargo, podriais ahorraros ese trabajo durante un par de horas, pues no volverá antes de las siete.

—A veces se adelanta al momento que él mismo ha fijado y me dan intenciones de preguntar á Rodolfo, y á Julia si les gustaria pasearse un rato ya que ha pasado la fuerza del calor; con eso iriamos á encontrarnos con mi marido.

—En ese caso debeis considerarme desde hoy como la quinta rueda de un carruaje.

—Es decir, ¿como supérfluo? No, seguramente. Para el dolor de cabeza nada es mas saludable que el ejercicio y la distraccion: como doctor tengo la pedantería de prescribiros el primero, y mi amor propio me hace presumir que puedo ofreceros la segunda. Por esto, en lugar de ser la quinta rueda, nos hareis el favor de ser la cuarta.

El conde se inclinó sonriendo, y Lavinia envió á su doncella á preguntar si su hermano y su cuñada querrian acompañarla. En el momento en que entró en el cuarto de Julia, la jóven se enjugaba los ojos y respondió que no: ¿cómo podia distraerla un paseo en que no veria al conde, teniendo que soportar además el interrogatorio que Lavinia no dejaria de hacerla sobre sus ojos húmedos aun?

—Decid á Lavínia que estoy muy cansada para salir ahora.

—Habrias debido aceptar, Julia, dijo Rodolfo en cuanto se retiró la doncella; me gusta que estés lo mas posible con mi hermana; ella quizá te hará comprender muchas cosas que aun son oscuras para tí.

—¿De veras? exclamó Julia retorciéndose el cabello con impaciencia.

—Asi lo creo; Lavinia vé las cosas con imparcialidad.

—¡Con imparcialidad! ¡oh! sin duda; en ese caso, ¿porqué no la confias tus locas inquietudes y la suplicas que sea nuestro juez?

—Julia, no deseo hacerlo, pero atiende á sus consejos, pues lo son de hermana y de amiga.

—Prefiero seguir los de mi conciencia, que siempre me ha guiado perfectamente.

—Sin embargo, me prometo que seguirás los mios.

—¿Tienes alguno que darme?

—Sí, ó mejor dicho, consejo no, una órden, exclamó Rodolfo ya fuera de sí por el tono provocativo de su esposa. Desde la vuelta de Hermann hemos pasado aquí tres semanas, y aunque hemos prometido estar quince dias mas, me veo en la precision de cambiar de propósito, y te pido que prepares tus cosas, de manera que podamos partir á principios de la semana entrante.

Jluia se quedó estupefacta. ¡Rodolfo mandar así!... No, era demasiado. Aquella mujer adorada, aquella niña mimada no lo soportaria, y se preguntaba si era preciso tener un ataque de nervios y desmayarse, ó si habia llegado la hora de la obediencia. No, era imposible que se hubiesen concluido sus dias de gozo y de soberanía. ¡Obedecer! Su poderio quedaria aniquilado para siempre si pasaba por aquella humillante extremidad. ¿Cederia un instante para volver á ganar despues con lágrimas y caricias la autoridad que parecia escaparse de sus manos? No, eso era un medio vulgar, y ella se habia burlado de las mujeres que le empleaban. Lo que queria era triunfar ostensiblemente y no dominar con la astucia.

Mientras Julia discutia así consigo misma los medios de salir de su apurada situacion. Rodolfo, retirado al cuarto contiguo, esperaba con angustia el resultado de sus reflexiones. De repente oyó el paso ligero de su esposa, y su corazon palpitó fuertemente.

—¡Oh! Julia, exclamó, ¡ya sabia yo que volverias!

Julia entró; pero en lugar de arrojarse en los brazos de su marido, tomó con resolucion sobre la mesa su sombrero y sus guantes.

Rodolfo se temió alguna cosa; cocrió á la ventana y vió á Lavinia que bajaba con el conde la alameda principal del palacio.

—¿Qué haceis? ¿Adónde vais? preguntó.

—Con vuestra hermana, como me habeis dicho.

—Sí, pero yo la creia sola y no lo está: no os rebajareis hasta el punto de seguir á ese hombre por todas partes.

—Seria divertido, en verdad, que por causa de vuestra locura yo tuviera que encerrarme entre cuatro paredes; ya comprendereis que no debo hacer caso de una prohibicion que no tiene motivo.

Y poniéndose el guante, se adelantó muy erguida hácia la puerta.

—No saldreis porque yo no quiero, gritó Rodolfo exasperado.

Y arrancando el sombrero de manos de su mujer, le arrojó sobre la cama, cerró la puerta con llave y bajó.

XXIV.

Apenas hacia un cuarto de hora que Lavinia y el conde habian salido de casa, cuando distinguieron el carruaje de Hermann.

Por larga que fuera la distancia, el coronel reconoció á Lavinia y á su amigo, y al mismo tiempo advirtió que no les acompañaban ni Rodolfo ni Julia.

—¡Es bien extraño! murmuró; sabian que yo no debia volver tan pronto: ¿porqué están juntos? ¿porqué no les acompañan ni Julia ni Rodolfo?

Y negros pensamientos le asaltaron de nuevo, y su memoria le volvió á trazar aquel pasado que habia lacerado su corazon con tormentos inauditos. Que Adriano amase á Lavinia, era una cosa que para él estaba fuera de toda duda, pero ella... ¡ella! ella tambien le buscaba; ¿no le habia buscado durante la enfermedad de las niñas? ¿no habia preferido su presencia al sueño y al descanso que tanto necesitaba?

—¡Oh! ¡Maldicion! ¡Maldicion! exclamó, y pegaba con rabia á los caballos que volaban. ¡Bonito paseo es en verdad esa fresca enramada tan escondida!... Pero ¿porqué sacudo así á estos pobres animales? Cualquiera diria que tengo prisa por llegar á casa donde todos están bien sin mí.

Y su frente se ponia mas pálida, y sus ojos chispeaban viendo que el conde ofrecia la mano á la jóven para que dejase la cuestecilla en donde se habia sentado.

—¡Buenas tardes, Hermann! le gritó alegremente Lavinia saludándole con la mirada y con la mano; correis como si viniérais perseguido; creí que ibais á pasar sin vernos... pero, ¡qué calor teneis! Por fortuna yo soy la prevision personificada, y al atravesar la huerta he tomado estas frutas.

Y al hablar así le presentaba una hermosa fruta en sus blancas manos.

—Sí, sí, sois la prevision en persona, dijo el coronel con amarga sonrisa.

Y su mirada se fijaba alternativamente en Adriano y Lavinia.

De repente arrojó las guias al criado, y apeándose dió órden al cochero de que continuara.

Lavinia estaba estupefacta; en lugar de la mirada brillante de júbilo que se habia prometido, encontraba en los ojos de Hermann una expresion de resentimiento muy marcada.

—Algo le ha sucedido, se dijo: tiene algun motivo de pesar.

Y al punto volvió á tomar su aire de alegría, como para hacerle comprender que lejos de imitarle le perdonaba.

El conde, que no habia recibido ninguna respuesta á su saludo, no se resignó á un perdon tan generoso, y dijo con un acento que denotaba un descontento muy visible:

—Admiro á esta señora en los cuidados que se toma para prevenir las necesidades de su marido.

Lavinia se entristeció al ver que el conde se habia picado por la acojida de Hermann; pero su tristeza casi se cambió en espanto cuando vió la impresion que aquella leccion habia producido en el coronel. La ira se pintó en sus facciones; se detuvo y alzó la cabeza; pero haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, se calló y prosiguió su marcha. Lavinia conoció todo lo que le habia costado el dominar así su violenta naturaleza, y queriendo demostrarle por ello su gratitud, le tomó del brazo y le dijo con una sonrisa:

—Rosenborg se halla bien triste durante las ausencias de su señor.

Habríase dicho que aquella voz armoniosa conjuraba todos los malos sentimientos que se agitaban en el corazon de Hermann, se inclinó extasiado hácia la jóven y repuso:

—Para mí, el saber que una persona ha sentido mi ausencia y me ha esperado, es mucho mas de lo que podia prometerme.

—Y si no hubiese habido esa persona, exclamó la jóven con presteza, al menos se habria logrado que nadie fuese testigo de la incomodidad que os causan vuestros negocios.

—¡Mis negocios! repitió el coronel; ¿me tomais, Lavinia, por uno de esos hombres débiles que hacen recaer sobre los demás el peso de sus incomodidades? No, bajo la presion mas cruel de inquietudes materiales sabria mostrar una frente serena; por lo demás, mis negocios se hallan en buen estado, y lo que me habia entristecido, era un pensamiento que se me ocurrió, y que se ha disipado al soplo de vuestra bondad, pues vuestro corazon rebosa misericordia, Lavinia. Si hubiéseis tenido menos, mi corazon que se subleva tan fácilmente quizá habria herido al vuestro, y entrámbos hubiésemos sufrido algun tiempo mas; pero habeis conjurado la borrasca; no sé cómo lo haceis, mas con una palabra las nubes se disipan y se aclara el horizonte.

—Felicitaos pues de que así suceda; ¿no recordais la leccion que me disteis en el cementerio el dia en que llegué al Rosenborg?

—Si os hubiera conocido como os conozco ahora, muchas de aquellas palabras no habrian salido jamás de mis labios, pues eran supérfluas.

—Entonces, dijo Lavinia con una entonacion mas baja echando una mirada al otro lado del camino por donde el conde marchaba solo, muy cabizbajo; entonces, ¿permitiriais á vuestra esposa una *observacion*, si pensara que bajo ciertos conceptos no anduvisteis acertado?

—¿Y porqué no? respondió Hermann sonrojándose ligeramente con el recuerdo de lo que habia dicho, que no podia soportar observaciones de nadie, sobre todo de su mujer. Una esposa indulgente é ilustrada puede todo lo que quiere, puesto que no puede querer mas que el bien. ¡Cuales son mis culpas, Lavinia?

—Habeis herido al conde, le habeis afligido, y no le decis una palabra.

—¿No era bastante callarme á su inoportuna alusion?

—No era bastante; yo no he comprendido que hubiera hecho semejante alusion, pero es vuestro amigo, está en vuestra casa, y sabeis que es un hombre susceptible; amigo mio, no me queda otro argumento que el de manifestaros que tendria mucho gusto en que fuérais á hablarle.

El coronel suspiró, y Lavinia, que ignoraba todos sus tormentos, no se explicaba ni su indecision ni la lucha que parecia sostener interiormente.

Por fin atravesó el camino y dijo con un esfuerzo afectuoso:

—Perdóname, amigo mio, conversando con mi mujer me he olvidado de mis deberes.

Adriano se detuvo y clavó en el coronel su suave y penetrante mirada. Hermann descubrió en ella las señales de una tristeza que le hizo mal, y pensó en los veinte años de una amistad que habian ultrajado sus sospechas.

El conde exclamó con risueña cordialidad:

—Habla con Lavinia, amigo mio; yo me adelanto para tomar una taza de té que me tendrá preparada Teresa; habia renunciado á ella por salir con la señora, que no tenia quien la acompañara. No me siento bien, hasta luego.

Y saludando ligeramente, se alejó.

Hermann se acercó á Lavinia.

—¿Estais satisfecha?

—Sí, satisfecha y agradecida, Hermann. Además estoy orgullosa.

—¿Y porqué?

—Porque veo que mis consejos pueden tener alguna influencia sobre vos.

—Son poderosísimos, Lavinia; desde hace algun tiempo conozco la felicidad de ser guiado hácia el bien por una mano inteligente y afectuosa; es como un segundo nacimiento. La tumultuosa turbacion del alma se apacigua bajo esa benéfica direccion, os agradezco que hayais tomado ese papel, y os bendigo; para toda mi vida me quedará algo de vos, y será el deseo del bien y la fuerza de cumplirlo.

© Biblioteca Nacional de España

Lavinia no respondió; estaba conmovida con aquella confesion de ese hombre antes tan orgulloso; se calló y siguió andando á su lado hasta que llegaron á la puerta de su casa.

(Se continuará.)

TEATRO DEL BALON.

EL HIJO DEL AHORCADO, DRAMA EN 3 ACTOS Y UN PRÓLOGO.

Causas agenas á nuestra voluntad nos han impedido asistir hasta hace poco á las funciones de este teatro, en el cual actúa una compañía dramática: sentimos en el alma que aquella circunstancia no nos haya permitido ocuparnos de las tareas de dicha compañía, porque cualesquiera que sean las notabilidades que la ópera nos presente, nosotros no podemos jamás desmentir nuestra antigua y probada aficion al teatro dramático español, al que hemos mirado siempre, no solo con afecto especialísimo, sino hasta si se quiere con una cierta parcialidad, que confesamos con orgullo.

Como primera, pues, de las funciones que hemos visto en el Balon, tócale su vez á *El hijo del ahorcado*, drama original, escrito en verso, y nunca hasta ahora ejecutado en Cádiz.

Principiaremos por decir que el título despertó vivamente nuestra curiosidad, puesto de que él parecia desprenderse algo de aterrador y de horripilante; creiamos que estábamos en pleno melo-drama, porque un ahorcado nada menos ya promete algo de eso; pero no fué así, segun vamos á ver por la reseña que ponemos á continuacion, para la que pedimos indulgencia si en ella se deslizan algunas inexactitudes veniales de pormenor, puesto que no conocemos la obra sino por lo que de ella hemos visto en una sola representacion.

El prólogo se supone en Sevilla, en el año de 1839. Nótese la fecha.

Es el hecho que por causas que importarian mucho al paciente, pero que para nada influyen despues en el argumento del drama, un hombre es ahorcado en Sevilla, no habiendo tenido presente el autor que en 1839 hacia años que estaba abolido el suplicio de horca. El ajusticiado ha escrito desde la capilla una carta á su esposa despidiéndose de ella, y exijiéndole que siempre ignore su hijo, el cual está aun en la cuna, quien sea el que le haya dado el ser. María, que este es el nombre de la esposa, cae presa de un desmayo, y aprovechándose de esta circunstancia un caballero rico y benéfico llamado D. Genaro, se apodera del niño, con ánimo de educarlo muy lejos de allí, á fin de que una imprudencia materna no le descubra el secreto prescrito por su padre en aquella hora terrible.

El prólogo ha terminado. El drama comienza en un pueblo de las inmediaciones de Madrid veinte años despues de aquel suplicio. El entonces niño y ahora jóven Gustavo es todo un buen muchacho, como educado por el excelente D. Genaro, de quien solo ha sabido que es un huérfano recojido por él; pero es el caso que el tal Gustavo está enamorado de Amparo, hija de una marquesa que habita en aquellas inmediaciones, jóven perfecta, como esas que solo se ven en los dramas, y que á su vez corresponde en secreto al amor que inspira, puesto que Gustavo no le ha declarado nunca sus sentimientos, temiendo que el no conocerse su familia fuera lo bastante para que ni Amparo ni la marquesa le aceptasen jamás. Ya se ha visto, sin embargo, que se equivocaba de medio á medio respecto á la primera, como pudo convencerse claramente cuando un momento de amoroso delirio le hizo olvidar sus propósitos de eterno silencio.

Esto ya era algo, pero en verdad no era todavía mucho. La marquesa tenia un sobrino llamado Alfredo, mozo malo y calavera si los hay, el cual, completamente arruinado por el juego, pone sus ojos en la pingüe herencia que habia de recojer un dia su prima Amparo. La marquesa, á la que habia embaucado con sus adulaciones, halla muy de su gusto este enlace, pero su hija lo rechaza, lo cual distaba todavía de ser una solucion completa para el asunto del amor de Gustavo: por el contrario, esta repulsa, cuya causa se descubre muy pronto, no hace mas que despertar los odios y recrudecer la malignidad del rival desdeñado, creándose con esto complicaciones harto mas graves que las que pudieran temerse.

Para ello Alfredo se aprovecha de cierta circunstancia casual. María, la madre de Gustavo, habia abandonado mucho antes á Sevilla, y entrado al servicio de la marquesa, de quien era especialmente estimada, así como de su hija. María ha visto á Gustavo; por cierta voz secreta de su corazon, no menos que por algunos antecedentes y palabras que sorprende, no duda que aquel es su hijo, y no pudiendo dominarse, olvida sus juramentos y se dá á conocer de él. Eso era lo que necesitaba Alfredo, el cual, por noticias de un criado, revela á la marquesa y á Amparo, en presencia del mismo Gustavo, que el padre de este fué ahorcado en Sevilla veinte años antes. El jóven se avergüenza y se irrita, la marquesa hace aspavientos, pero su hija no por eso siente entibiar su amor, ni por eso deja de confesarlo: verdad es que es la única persona racional de su familia.

D. Genaro, siempre bueno y noble, corta al fin el nudo declarando que es hijo suyo, si bien no pudimos comprender si esta declaracion la hacia con el propósito de pasar á los ojos de la marquesa por verdadero padre, ó si solo lo adoptaba por tal hijo, porque una y otra cosa creimos poder colegir de lo que oimos. Sea de ello lo que quiera, el caso es que la marquesa no pone ya obstáculo á admitir á Gustavo por yerno suyo.

En este drama hemos hallado graves defectos en la esencia del argumento, fuera de los que tiene en en la manera con que está desenvuelto. Esa especie de anatema que se supone lanzado sobre un jóven en todos conceptos digno, solo porque su padre, con razon ó sin ella, muriese en un patíbulo, es un completo anacronismo en el año de 1839, y mas aun en el de 1859. Nuestra sociedad de hoy tendrá otras preocupaciones, pero por fortuna no tiene esta; en nuestra época cada cual es hijo de sus obras, ó si se quiere es hijo de su fortuna, y de las circunstancias en que se ha visto colocado, pero á nadie se le imputan faltas que no han sido suyas, ni hay clase alguna de castigo que venga á pesar sobre la descendencia del que lo sufrió. Si el autor, al escribir este drama, se ha propuesto combatir esa preocupacion, no ha logrado sino combatir un fantasma. A haber supuesto la accion siquiera en el siglo pasado, ya hubiera podido ser otra cosa.

Hay además poca claridad en el modo de presentar los hechos, y algunos episodios poco ligados á la accion principal, como por ejemplo el del proyectado robo de la hija del labrador: no necesitábamos para nada de él para saber quien era Alfredo, y además no nos interesa apenas, porque en el teatro solo interesa lo que se vé.

En cambio los caractéres de D. Genaro y de Amparo son tan bellos, son tan atractivos, que no es posible dejen de sostener y hasta de levantar una produccion, cualesquiera que sean por otra parte sus defectos. Esta es una prueba mas de que el principio moral es el que constituye la verdadera belleza del drama.

Atendidos los elementos con que cuenta esta compañía, puede decirse, que la ejecucion fué esmerada. El Sr. Alba es, en nuestra humilde opinion, un buen actor, porque si hay muchos actores que hacen lo que saben, el Señor Alba es de los pocos que saben lo que hacen; tiene inteligencia y caracteriza con propiedad. En el papel de D. Genaro nos pareció muy bien, En general hemos creido notar en la compañía buenos deseos; eso vale ya no poco; la direccion del Sr. Alba hará lo demás, si hay docilidad, como esperamos.

No tenemos espacio para ocuparnos, por hoy al menos, de la comedia nueva *Llegué vi y vencí*, original del Sr. Palomino. Diremos, sin embargo, que su éxito fué satisfactorio, y que el público pidió y obtuvo por dos veces la presentacion del autor en la escena.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 8.

	BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª	Torre 5.ª Cab. de Rey.	Rey 5.ª Alfil Rey. (la mejor).
2.ª	Alfil 3.ª Rey jaque.	Rey 5.ª Rey.
3.ª	Torre 5.ª Torre de Rey.	Peon 4.ª Reina.
4.ª	Torre 5.ª Cab. de Rey.	Peon 5.ª Reina.
5.ª	Alfil cas.ª Alfil de Reina.	Peon 6.ª Reina jaque.
6.ª	Peon quita Peon. Jaque.	Rey juega.
7.ª	Alfil. Mate.	

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

Administraciones exclusivas de La Moda.

HABANA, calle de la Habana número 126.

MADRID, calle de Jesus del Valle, número 6, bajo.

SEVILLA, calle Catalanes número 4, esquina á la de Tetuan, oficina de la Andalucía.

BARCELONA, calle de San Honorato número 3, almacen

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

OBSEQUIO

A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE.

Hemos reimpreso los números que se agotaron de la *Moda Elegante* respectivos á 1861 y 1862, y en su consecuencia nos hallamos en el caso de poder ofrecer á nuestros suscritores los dos tomos de dichos años, ya encuadernados y francos de portes, **por la cantidad de 80 rs. vn.**, remitidos al hacer el pedido en libranzas ó sellos de cualquiera clase.—Los referidos tomos contienen mas de 1.500 dibujos de labores de crochet, bordados de multitud de clases, figurines de señoras y niños, música, etc. y mas de **60 tomos de novelas** morales é instructivas, unas originales y otras traducidas. Hay algunas colecciones con figurines iluminados las cuales cederemos por 20 rvn. de mas.

Los que solo quieran el tomo de 1861 se les remitirá por 19 rs. sin figurines iluminados, y por 25 con ellos en razon á ser de menos volúmen que el de 1862.

A esta rebaja solo tienen derecho los actuales suscritores al periódico.

Las cartas que contengan sellos de correo deben certificarse para evitar estravíos.

Los pedidos se dirigirán á D. Manuel Torrijos, calle Mayor núm. 81—MADRID.

O bien al Administrador de La Moda—CADIZ.

En América fijan los precios los Sres. Corresponsales.

© Biblioteca Nacional de España